HOMILÍA IIIº DOMINGO DE PASCUA – 2015. CICLO "B"

I.- LAS LECTURAS

*** Libro de los Hechos de los Apóstoles 3,13-15. 17-19**. Pedro dijo a todos: Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos. Y exhorta a todos a convertirse a Dios.

*** Salmo Responsorial 4**: ¡Señor!, haz brillar la luz de tu rostro sobre todos. Así podremos caminar por las sendas de la vida y de la justicia, de la gracia y de la santidad.

*** Primera Carta de San Juan 2,1-5**. Cristo es víctima de propiciación por nuestros pecados y también por los pecados del mundo entero. Cristo es nuestro abogado ante el Padre y es la víctima de propiciación por nuestros pecados.

*** Evangelio según San Lucas 24,35-49**. Así estaba escrito: "el Mesías padecerá y resucitará de entre los muertos el tercer día". Cristo manda a sus discípulos a que prediquen la conversión y el perdón de los pecados. Acojamos esta llamada que nos hace la iglesia en nuestros días.

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- Jesús resucitado se aparece a sus discípulos

Jesús resucitado toma la iniciativa y se aparece a sus discípulos. Los discípulos de Jesús no inventan las apariciones del Resucitado. Es el propio Jesús que se muestra vivo. El Señor no abandona ni deja tirados en la cuneta de la historia a sus discípulos a pesar de que lo habían abandonado y dejado solo en la pasión, en la muerte…

Movido por su amor se acerca a ellos, los perdona, los acoge, les muestra las huellas de su pasión….

Descubramos en las heridas de tantos seres humanos los signos de la pasión de Cristo.

2.- La paz, don de Cristo resucitado

Jesús resucitado los saluda con una palabra inmensa: "la paz con vosotros". Es uno de los grandes dones o regalos que el Resucitado hace a sus discípulos. Veamos ahora el contenido de esta paz de Jesucristo:

A.- La paz con Dios

La paz que ofrece y regala Jesucristo resucitado es la paz con Dios. Nunca podremos desentrañar toda la riqueza contenida en esta paz como comunión y amistad con Dios. Hagamos un alto en el camino de nuestra vida y meditemos sin prisas en lo que la paz con Dios contiene y significa para nosotros.

El Señor nos invita a acercarnos a Él que es el manantial verdadero de la paz.

"Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba".

"El agua que yo le daré sacia su sed para siempre".

No vayamos a cisternas de aguas corrompidas a saciar nuestra sed, ya que son aguas que jamás pueden saciar la sed de absoluto y de Dios que llevamos en nuestro corazón.

"Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿Cuándo entraré a ver el rostro Dios?"

Tengamos siempre presente que Dios nos ha creado por amor y que nos ha elegido en Cristo antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia en el amor" (Ef.1,4).

El Papa Francisco nos ha dicho:

"La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría" (EG 1).

"Invito a cada cristiano, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso (…) No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!" (EG 3).

B.- La paz con los demás.

La paz que nos trae el Señor es también la paz con los demás.

¡Queridos esposos! No os canséis nunca de construir la paz en vuestros matrimonios para que sean verdaderas comunidades de vida y de amor.

¡Queridos hermanos! Construyamos la paz en nuestras familias para que sean ámbitos y lugares donde se vivan el amor, la esperanza,…

¡Queridos amigos! Construyamos la paz allí donde vivimos, trabajamos, nos relacionamos…

Evitemos siempre la violencia y la guerra, el enfrentamiento y el desprecio de los demás, el insulto y la descalificación de otros…

Rechacemos para siempre el egoísmo que nos empobrece y nos impide respetar la dignidad que cada ser humano tiene.

Sembremos en los surcos de la conciencia humana y en los de la historia las semillas de la honradez y de la verdad, del amor y de la misericordia, de la acogida y del perdón.

Derribemos los muros que hemos levantado en el mundo y en la sociedad, en nuestros pueblos y ciudades, ya que nos dividen y separan…

Construyamos la civilización del amor que comienza por el respeto sagrado a todo ser humano y al derecho a la vida humana en cualquier circunstancia en que ésta se encuentre…

Eduquemos para la paz y la concordia y nunca para la guerra, la violencia…

¡Que se caigan para siempre de las manos de los seres humanos las armas de la guerra! (Beato Pablo VI).

¡Qué nunca la tierra se empape de sangre humana vertida injustamente!

Recordemos estas palabras del Papa Francisco:

"La paz tampoco "se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día, en la construcción de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres". En definitiva, una paz que no surja como fruto del desarrollo integral de todos, tampoco tendrá futuro y siempre será semilla de nuevos conflictos y de variadas formas de violencias" (EG 219).

C.- La paz con uno mismo.

Acojamos la paz que nos regala Jesucristo Resucitado y que es también "paz con nosotros mismos". Jesucristo nos dice a todos: "venid a mí los que estáis cansados y agobiados, que Yo os aliviaré…".

¡Señor! danos tu paz que nos hace vivir en paz y serenidad con nosotros mismos.

¡Señor!, ayúdanos a apagar el grito de las pasiones que no nos dejan vivir en paz.

¡Señor!, danos tu gracia y fuerza para que no nos dejemos vencer por la tentación y para mantenernos en tu amistad para siempre.

¡Señor!, cura nuestras heridas, las del alma y las del cuerpo, para que así podamos vivir en paz y en tu presencia todos los días de nuestra vida…

¡Señor! Ayúdanos a vivir reconciliados con nosotros mismos, con el proyecto de vida (matrimonio, sacerdocio, vida consagrada…) que Tú nos has dado en tu infinita misericordia…

Así podremos rezar con la oración de la Iglesia:

"En paz me acuesto y enseguida me duermo

Porque Tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo!

Recordemos estas enseñanzas del Papa Francisco:

"Solo gracias a ese encuentro con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?" (EG 8).

III.- PROSIGAMOS CELEBRANDO LA EUCARISTÍA

La Eucaristía que celebramos es el sacramento de la muerte y de la resurrección de Jesucristo.

De la celebración de la Eucaristía brota y surge el compromiso al servicio de los pobres, de los necesitados…

El que come el Cuerpo de Cristo asume y acepta el compromiso de ser un don para los demás, especialmente para los necesitados, los excluidos, los marginados, los desechados….

El que participa en la Eucaristía, ha de ser evangelizador, misionero, catequista…

Meditemos estas palabras del Papa Francisco:

"Muchos tratan de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de los más íntimos, y renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio (…) Mientras tanto, el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro" (EG 88).

Terminamos. Unidos en la oración

Cáceres. 13 de abril de 2015.

Florentino Muñoz Muñoz